

mucho más borrascosos, porque se trataba de una magistratura más elevada, y porque eran más y más poderosos los competidores. Aspiraban á la censura con grandes deseos los patricios L. Valerio Flaco, Publio y Lucio Escipión, Cn. Manlio Vulso y L. Furio Purpúreo, y los plebeyos M. Porcio Catón, M. Fulvio Nobilior y Tito y Marco Sempronio, llamados el uno Longo y el otro Tuditano. Pero M. Porcio se sobreponía á todos los candidatos patricios ó plebeyos por distinguidas que fuesen sus familias. Tan grande fué la elevación de ánimo y energía de carácter de aquel varón insigne, que, en cualquier posición que hubiese nacido, él mismo habría construído su fortuna. No carecía de ningún conocimiento privado ni de los necesarios para la gestión de los negocios públicos, y de la misma manera atendía á las cosas urbanas que á las rústicas. Unos llegan á la cumbre de los honores por sus conocimientos en el derecho, otros por su elocuencia, y otros, en fin, por el brillo de su gloria militar. Catón tenía un genio elástico, y de tal manera se distinguía en todo, que parecía nacido exclusivamente para aquello de que se ocupaba. En la guerra era el más esforzado, y se distinguió por muchas hazañas notables; cuando llegó al mando supremo fué un general eminente. En tiempo de paz mostróse hábil jurisconsulto y famoso orador, no de aquellos cuyo talento brilla con vivos fulgores durante su vida, y que no dejan en pos ningún monumento de su elocuencia. Porque la suya le ha sobrevivido, y palpita aún en escritos de toda clase. Tenemos considerable número de oraciones que pronunció, así en defensa propia como en la de otros y también contra sus adversarios; porque sabía abrumar á sus enemigos, no solamente acusándolos, sino defendiéndose. Si fué blanco de muchas rivalidades envidiosas, también persiguió con tanta energía á sus competido-

res, que sería difícil decidir si la lucha que sostuvo contra la nobleza fué más fatigosa para ella que para él. Verdad es que se le puede tachar de rudeza de carácter, de acritud en el lenguaje y de franqueza llevada hasta el exceso; pero resistió victoriosamente las pasiones, y en su rígida probidad, despreció siempre la intriga y las riquezas. Económico, infatigable, valeroso, era de hierro en alma y cuerpo. Hasta la vejez, que todo lo gasta, no pudo quebrantarle; á la edad de ochenta y seis años fué citado en justicia, y él mismo escribió y pronunció su defensa; á los noventa años demandó á Galba ante el pueblo.

La nobleza combatió ahora su candidatura, como la combatió durante toda su vida; y todos sus competidores, exceptuando L. Flaco, que había sido su colega en el consulado, se coligaron para hacerla fracasar; porque no preferían solamente obtener para ellos mismos la censura y se indignaban ver á un hombre nuevo promovido á aquella dignidad; sino que pensaban que un hombre, á quien tantas veces habían ofendido, desearía vengarse, y desplegaría en su censura severidad muy peligrosa para la reputación de muchos de ellos. En efecto, Catón pedía los votos con la amenaza en los labios, diciendo «que los que combatían su elección, tenían un censor íntegro y animoso.» Al mismo tiempo apoyaba la candidatura de L. Valerio, «porque era el único colega con quien podría reprimir la moderna corrupción introducida en Roma y hacer revivir las costumbres antiguas.» Excitado el pueblo por estas palabras, elevó á M. Porcio á la censura, á pesar de la oposición de la nobleza, y hasta le dió por colega á L. Valerio Flaco. Inmediatamente después de los comicios censorios, los cónsules y pretores marcharon á sus provincias, exceptuando Q. Nevio, cuya marcha á la Cerdeña detuvo durante cuatro meses el cuidado de la

investigación contra los envenenadores. La mayor parte de los informes se practicaron fuera de la ciudad, en los municipios y conciliábulos, por haberlo considerado más conveniente así. Si ha de creerse a Valerio Ancias, fueron condenadas cerca de dos mil personas. Por su parte, el pretor L. Postumio, á quien la suerte había designado la provincia de Tarento, disolvió numerosas agrupaciones de pastores, y persiguió con mucha actividad los restos de la conjuración de las bacanales. Muchos acusados, que no habían comparecido, ó que se habían fugado después de prestar fianza, permanecían ocultos en aquella comarca de Italia; á unos los condenó y á otros los envió á Roma cargados de cadenas para que el Senado los juzgase. P. Cornelio mandó que á todos los encarcelasen.

La España ulterior permaneció tranquila, habiendo abatido el valor de los lusitanos la desgracia de la última guerra. En la citerior, en el territorio de los susetanos, A. Terencio puso sitio y tomó la ciudad de Corbión, vendiendo los prisioneros; desde entonces, el resto del invierno pasó tranquilamente también en esta provincia. Los antiguos pretores C. Calpurnio Pisón y E. Quincio regresaron á Roma, donde los senadores les concedieron por unanimidad los honores del triunfo. C. Calpurnio triunfó el primero de los lusitanos y celtíberos, haciendo llevar delante de él ochenta y tres coronas de oro y doce mil libras de plata. Pocos días después L. Quincio Crispino triunfó igualmente de los lusitanos y celtíberos ostentando en la ceremonia igual cantidad de oro y de plata. Los censores M. Porcio y L. Valerio revisaron el Senado, operación esperada con impaciencia y temida á la vez. Excluyeron siete miembros del orden, entre los que se encontraba un personaje ilustre por su alcurnia y por los honores de que había sido investido, el consular T. Quincio Flaminió. Dícese

que por antigua costumbre establecida, los censores debían comunicar en una nota al Senado las exclusiones que dictaban; pero de Catón existen algunas oraciones muy violentas contra los que degradó del rango de senadores ó les privó de caballo. En ninguna, sin embargo, se encuentran tantas reconvenciones graves como en la que pronunció contra T. Quincio. Si Catón hubiese hablado de aquella manera como acusador, antes de poner la nota, y no como censor para justificarla, el mismo T. Quincio, suponiendo que hubiese sido censor en aquel momento, no habría podido mantener á su hermano Lucio en el Senado. Entre otras censuras, le dirigió la de haber seducido con magníficas promesas y llevado de Roma á su provincia de la Galia á un joven libertino, muy famoso entonces, llamado Filipo el Carotagiés. Este joven, que quería hacer de su complacencia un mérito para con su amante, le reconvenía con mucha frecuencia, en tono de broma, en la intimidad de sus relaciones, haberle sacado de Roma en la víspera de un combate de gladiadores. Un día en que los dos estaban á la mesa, encontrándose alterados por el vino, anunciaron al cónsul que un noble boyo se había presentado en el campamento como desertor con sus hijos y que quería ver á Quincio para que le ofreciese personalmente su protección. Introducido en la tienda, dirigióse al cónsul por medio de un intérprete. Quincio le interrumpió de pronto diciendo á su cómplice de desórdenes: «¿Quieres ver morir á estos galos para indemnizarte del espectáculo que te he hecho perder?» Y en cuanto Filipo indicó su aceptación, sin creer formal el ofrecimiento, para complacerle, el cónsul desenvainó la espada, colgada á su alcance, é hirió al gallo en la cabeza mientras hablaba; viendo en seguida que huía implorando la protección del pueblo romano y de todos los presentes, le persiguió y atravesó un costado.

el Valerio Anicias, que no había leído la oración de Catón y que se limitó á creer una fábula, refiere el hecho de otra manera; pero en el fondo se encuentra igual refinamiento de libertinaje y crueldad. Según este autor, encontrándose Quinceio en Placencia, invitó á su mesa á una cortesana famosa, de la que estaba ciegamente prendado. Durante la comida se alabó delante de aquella mujer de haber llevado á cabo, con extraordinario rigor, muchos asuntos de que le habían encargado y de mantener en prisión considerable número de condenados á muerte, que tenía que entregar al hacha. La cortesana, que se encontraba en aquel momento entre los brazos del cónsul, le dijo que nunca había visto cortar la cabeza y que deseaba mucho verlo. Deseando su amante mostrarle su complacencia, mandó llevar inmediatamente á su presencia á un desgraciado de aquellos y le decapitó. Cualquiera de estos dos relatos que sea el verdadero, el crimen es cierto, y no lo hay ni más atroz ni más inaudito. En medio de un festín, cuando ordinariamente se hacen libaciones en honor de los dioses y se les dirigen votos solemnes, un cónsul sacrificó una víctima humana, manchando con su sangre la mesa para complacer á una impúdica cortesana. Cuando Catón pronunció su discurso, retó á Quinceio para que negase aquel hecho y los demás de que le acusaba y le propuso que diese fianza y se justificase. «Si se confesaba culpable, dijo, ¿podrían compadecerle por verle tachado, cuando sabían que aturdido entre el vino y la impureza, en medio del festín había derramado sangre humana?»

Al hacer la censura de los caballeros, privaron de su caballo á Escipión el Asiático; mostrándose igualmente severos y rigurosos con todos los órdenes en la operación del censo. Invitaron á los ciudadanos á que incluyesen en la declaración de su caudal las alhajas, ador-

nos de sus esposas y carrozas cuyo valor excediese de la cantidad de quince mil ases. Decidieron que los esclavos menores de veinte años, que habían sido vendidos desde el último lustro en diez mil ases á lo sumo, se apreciaran en diez mil ases más de lo que costaron, é impusieron á todas estas cosas un derecho de tres ases por mil. Suprimieron todas las aguas que los particulares sacaban de los acueductos para sus casas ó campos, y obligaron á todos los que tenían casas salientes sobre la vía pública, comenzadas ó terminadas, á derribarlas en el espacio de treinta días. Emplearon en seguida en trabajos públicos el dinero destinado para ellos; hicieron pavimentar los abrevaderos y limpiar las cloacas que lo necesitaban, y construyeron otras nuevas en el Aventino y en los barrios que carecían de ellas. También trabajaron separadamente. Flaco construyó, en ventaja del pueblo, una calzada que conducía á las aguás de Neptuno y abrió un camino por el monte Formiano. Catón compró para el Estado dos vestíbulos, el de Menio y el de Ticio, en las Lautumias, y cuatro tiendas, y construyó la basílica llamada Porcia. Arrendaron los impuestos en cantidad elevada y con economía los trabajos públicos. Pero el Senado, conmovido por los ruegos y lágrimas de los publicanos, habiendo ordenado que se procediese á nueva adjudicación del arriendo de los impuestos, los censores, por medio de un edicto, prohibieron la concurrencia á los que habían eludido sus primeros compromisos é hicieron nueva adjudicación con ligera rebaja de precios. Célebre fué la censura de aquellos dos magistrados, pero suscitó muchos odios contra Catón, á quien atribuían todos los actos de severidad, siendo constantemente blanco de los ataques de sus enemigos. Aquel mismo año se fundaron dos colonias, una en Potencia, en el Piceno, y otra en Pisaura, territorio de los galos. Cada colono recibió seis yu-

gadas; el repartimiento de tierras y establecimiento de los colonos en una y otra ciudad quedaron á cargo de los mismos triunviros Q. Fabio Labeón, M. Pulvio Flaco y Q. Fulvio Nobilior. Los consules de este año no hicieron nada notable ni en el interior ni en los ejércitos.

Fueron creados consules para el año siguiente M. Claudio Marcelo y Q. Fabio Labeón. En los idus de Marzo, que era el día de su entrada en funciones, los nuevos consules propusieron la distribución de las provincias consulares y pretorianas. Eran pretores C. Valerio, sacerdote de Júpiter, que se presentó ya candidato el año anterior, Sp. Postumio Albino, P. Cornelio Fisenna, L. Pupio, L. Julio y Cn. Sicinio. Recibieron los consules la provincia de Liguria con los dos ejércitos que P. Claudio y L. Porcio mandaron en ella. Las Españas no se sortearon, dejándolas á los pretores del año anterior con sus ejércitos. Los pretores recibieron orden de sortear sus provincias de manera que el sacerdote de Júpiter recibiese al menos una de las dos jurisdicciones de la ciudad; la suerte le asignó la de los extranjeros. Cornelio Sileno obtuvo la urbana, Sp. Postumio la Sicilia, L. Pupio la Apulia, L. Julio la Galia y Cn. Sicinio la Cerdeña. Mandóse á Julio que apresurase su marcha, porque, como antes se dijo, los galos transalpinos habían penetrado en Italia por desfiladeros desconocidos hasta entonces, y construían una ciudad en el territorio donde hoy se encuentra Aquilea. El pretor debía oponerse cuanto pudiera á aquella edificación sin emplear las armas; si necesitaba acudir á ellas, debería informar á los consules, habiéndose decidido que uno de ellos marcharía con sus legiones contra los galos. A fines del año anterior, habianse reunido los comicios para nombrar sucesor al augur Cn. Cornelio, que había muerto y se había elegido á Sp. Postumio Albino.

A fines de este año murió el pontífice máximo P. Li-

cinio Crasso, siendo designado por sus colegas M. Sempronio Tuditano para reemplazarle en sus funciones hasta el momento en que se nombró á C. Servilio Geminio pontífice máximo. Para honrar los funerales de P. Licinio se hizo una distribución de carne al pueblo y se dió un combate de ciento veinte gladiadores, juegos fúnebres que duraron tres días y un banquete público después de los juegos. Para celebrarlo, se colocaron mesas en toda la extensión del Foro; pero, estallando de pronto violenta tempestad, tuvieron los ciudadanos que guarecerse en tiendas, que quitaron en cuanto serenó el tiempo. La multitud decía que de este modo se había realizado el vaticinio de los adivinos, que anunciaron que algún día habría necesidad de acampar en el Foro. Apenas había desaparecido aquel temor religioso, cuando lo reemplazó otro. Por dos días seguidos había llovido sangre en la plaza de Vulcano, y los decenviros dispusieron rogativas para expiar el prodigio. Antes de partir para sus provincias, los consules presentaron en el Senado las legaciones ultramarinas, no habiendo visto nunca Roma dentro de sus murallas tal afluencia de extranjeros. Desde que se propagó el rumor en las naciones vecinas de Macedonia de que los romanos recibían favorablemente las quejas y acusaciones formuladas contra Filipo, y que muchos habían ganado quejándose, las ciudades, los pueblos, hasta los particulares, como todos sufrían con aquel peligroso vecindario, acudieron en tropel á Roma, esperando conseguir allí satisfacción á sus quejas ó al menos el consuelo de formularlas. El rey Eumeno envió también una legación, á cuyo frente iba su hermano, para quejarse de que Filipo no había retirado aún sus guarniciones de la Tracia, y de que había enviado socorros en Bithinia á Prusias, que le hacía la guerra.

A todas estas cosas tenía que responder Demetrio

que era muy joven entónces; siéndole muy difícil recordar las inculpaciones que se hacían á su padre, ni la defensa que debía hacer. Los hechos eran muy numerosos y habían descendido hasta mínimos detalles; discusión de límites, arrebatos de hombres y ganados, sentencias injustas ó denegaciones de justicia, decisiones en que solamente habían tenido en cuenta la violencia ó el favor. Demetrio no podía dar explicaciones satisfactorias. Viendo el Senado que no conseguía luz alguna de aquel joven, mandó preguntarle si le había entregado su padre algún escrito acerca del asunto; y habiendo contestado afirmativamente, creyóse que lo mejor era enterarse de la justificación del mismo Filipo. Pidióse, pues, que inmediatamente se diese cuenta del escrito, y se autorizó al joven para que lo leyese. Reducíase á breve defensa acerca de cada motivo de acusación; pretendiendo, unas veces, haber obrado en conformidad con las instrucciones de los legados; otras, haber hecho cuanto dependía de él para conformarse con ellas, pero que se lo habían impedido aquellos mismos que le acusaban. Con esta defensa había mezclado también quejas acerca de las injustas decisiones que habían tomado los legados, sobre la parcialidad de Cecilio y los ultrajes que todos le habían prodigado, aunque nada había hecho para merecer tan indigno tratamiento. El Senado fijó la atención en estos párrafos que expresaban la indignación de Filipo; pero como el joven presentaba excusas y ofrecía todas las satisfacciones que se pidiesen, le contestaron que «Filipo, cualquiera que fuese su conducta, no podía haber tomado un partido más prudente ni más agradable al Senado que el de encargar á su hijo Demetrio su justificación; porque aceptaba como garantía los sentimientos del joven, á falta de su persona, que ya no tenía en rehenes, y sabía que su adhesión á Roma era tan gran-

de cuanto permitía su amor filial; que por consideración á él, se enviarían á Macedonia legados encargados de corregir todas las faltas que se hubiesen cometido, y esto sin exigir reparación ninguna á Filipo; en fin, que querían hacer comprender al rey que debía á su hijo Demetrio su reconciliación con el pueblo romano.

Estas muestras de afecto al joven, que debían aumentar su influencia, sirvieron solamente para excitar envidias contra él y ocasionar muy pronto su perdición. En seguida se concedió audiencia á los lacedemonios, que también descendieron á multitud de minuciosos detalles; pero la cuestión principal era averiguar si los habitantes que los aqueos desterraron habrían de volver ó no á su patria, y si la muerte de los que degollaron era justa ó injusta. Tratábase también de decidir si Lacedemonia continuaría formando parte de la liga aquea, ó si, como antes, tendría existencia separada é independiente en el Peloponeso. Decretóse el llamamiento de los desterrados y se anularon las sentencias pronunciadas; pero Lacedemonia continuó en la liga aquea. Q. Marcio fué enviado á Macedonia, con orden de pasar también al Peloponeso para examinar allí la situación de los aliados; porque las antiguas discordias habían dejado allí residuos de movimientos. Messena acababa de separarse de la liga aquea. Si quisiera exponer la causa de esta guerra y narrar sus hechos, me separaría de mi propósito, que no es hablar de la historia de otros pueblos sino en cuanto está enlazada con la del romano.

El acontecimiento más notable de esta guerra fué el siguiente. Los aqueos habían llevado constantemente la ventaja, cuando perdieron á su pretor Filopemeno. Queriendo éste adelantarse al enemigo, que se marchaba hacia Coronea, fué sorprendido con corto número de jinetes, en una garganta estrecha y difícil. Dicese que hubiese podido escapar con la ayuda de sus auxiliares

tracios y cretenses, pero no quiso deshonrarse, abandonando á sus jinetes, que eran la flor de su pueblo, y á quienes en otro tiempo llamó á su lado. Con objeto de asegurarles la retirada, se situó á la espalda y resistió todo el esfuerzo de los enemigos; pero cayendo su caballo le arrastró al suelo, estando á punto de matarle la violencia del golpe y al mismo tiempo el peso del animal, bajo el que se encontraba. Tenía entonces setenta años y hacía poco que convalecía de larga enfermedad, que había disminuído considerablemente sus fuerzas. En cuanto estuvo en el suelo, los enemigos acudieron y le rodearon; pero habiéndole reconocido, quedaron sobrecogidos por el respeto, y dominados por el recuerdo de sus antiguos servicios, se apresuraron á levantarle y á socorrerle con todas las consideraciones que hubiesen tenido con su propio general. Sacáronle del desfiladero al camino, sin atreverse á creer lo que veían, en el aturdimiento de suceso tan imprevisto; sin embargo, enviaron mensajeros á Messena para que anunciaran la terminación de la guerra y la llegada de Filopemeno, á quien llevaban prisionero. Tan increíble pareció al pronto esta noticia, que acusaron al mensajero de embaucador y hasta de loco; pero cuando el unánime testimonio de los que venían detrás confirmó el hecho, todos los habitantes, hombres libres, esclavos, mujeres, niños, sin esperar que se anunciase terminantemente la llegada de Filopemeno, salieron tumultuosamente de la ciudad para verle. La puerta estaba obstruída por los curiosos; y parecía que ninguno quería dar fe á aquel acontecimiento extraordinario, como no se convenciese por sus propios ojos. Los que traían al prisionero apenas pudieron abrirse paso en medio de la multitud y atravesar la puerta; la calle principal estaba obstruída por inmensa concurrencia de espectadores. Pero como considerable parte de ciudadanos no

había podido satisfacer su curiosidad, acudieron en tropel al teatro, que estaba cerca y pidió á gritos que llevarasen allí á Filopemeno para presentarlo al pueblo. Temiendo los magistrados y varones notables de la ciudad que la presencia de hombre tan eminente, la comparación de su grandeza pasada con su posición actual y el recuerdo de sus importantes servicios despertasen en todos sentimientos de compasión que promoviesen disturbios, lo presentaron desde muy lejos y se apresuraron á ocultarlo. El pretor de los messenios, Dinócrato, dijo que los magistrados tenían que dirigirle preguntas que interesaban al éxito de la guerra. Lleváronle, pues, á la curia, y convocado el Senado, comenzó la deliberación.

Acercábase ya la noche y nada se había decidido, y ni siquiera se sabía dónde podrían tenerle seguro hasta el día siguiente. El brillo de su grandeza pasada y de su mérito impresionaba á todos, y ninguno se atrevía á encargarse de depósito tan importante, ni á confiar otro su custodia. Al fin observaron algunos senadores que podían disponer del subterráneo, revestido de piedras de sillera, donde se guardaba el tesoro público. Allí hicieron bajar á Filopemeno y cerraron la entrada con una piedra enorme, que colocaron con una máquina na. Aquel paraje les parecía más seguro que todos los guardianes, y esperaron confiadamente el día inmediato. Al amanecer, el pueblo, que era ajeno á toda quinación, y que no había olvidado los grandes servicios que el prisionero había hecho á Messena, decidió respetar su vida y aprovechar su genio para remediar los males presentes. Pero los jefes de la sublevación, que tenían el poder en las manos, celebraron consejo secreto y decidieron por unanimidad la muerte; pero unos querían acelerarla y otros aplazarla. Triunfaron los primeros y enviaron un esclavo para que presentase

el veneno á Filopemeno. Dicese que éste, al tomar la copa, se limitó á preguntar si Lycortas (el otro jefe de los aqueos) y los caballeros habían escapado. Contestáronle que todos estaban incólumes. «Bien,» replicó, y apurando de un sorbo la copa, murió á los pocos momentos. No gozaron por mucho tiempo de su crueldad los autores de su muerte. Vencida Messena tuvo que entregar los culpables á los aqueos y que devolver los restos de Filopemeno. Toda la liga aquea contribuyó á los gastos de los funerales, agotándose en ellos todos los honores humanos, tributándole hasta los reservados á los dioses. Los historiadores griegos y latinos elogian mucho á aquel varón, y algunos llegan á colocar en el número de los acontecimientos que hicieron memorable á aquel año la muerte de tres capitanes ilustres, Filopemeno, Anníbal y P. Escipión; colocando también á Filopemeno en el mismo rango que á los dos generales más famosos de las naciones más poderosas.

¶ T. Quinceio Flaminio marchó como legado cerca de Prusias, que se había hecho sospechoso á los romanos por haber acogido á Anníbal después de la derrota de Antioco, y emprendido la guerra contra Eumeno. Sin duda el legado reconvino á Prusias, entre otras cosas, por haber dado asilo al enemigo más encarnizado del pueblo romano, al hombre que había sublevado á su patria contra Roma, y que después de haberla arruinado, había hecho que el rey Antioco empuñase las armas. O tal vez el mismo Prusias, queriendo complacer á los romanos y á su representante, decidió dar muerte á huésped tan peligroso, ó entregarlo á sus enemigos. Al menos, inmediatamente después de su primera entrevista con Flaminio, mandóse á algunos soldados que atacasen la casa de Anníbal. Siempre había pensado este general que terminaría así, cuando consideraba el implacable odio que le tenían los romanos y la poca fe

que merecían los reyes. Además, había experimentado ya la inconstancia de Prusias, y había sabido con horror la llegada de Flaminio, que sospechaba había de serle fatal. En medio de los peligros que le rodeaban, había querido tener preparado siempre un medio de fuga, y había abierto siete salidas en su casa, siendo secretas algunas para que no pudiesen colocar guardias en ellas. Pero la suspicaz autoridad de los reyes penetra todos los misterios que le importa conocer. Los soldados envolvieron y rodearon de tal manera la casa, que era imposible la evasión. A la noticia de que los soldados del rey habían invado el vestíbulo, quiso huir Anníbal por una puerta secreta, que creía haber ocultado á todas las miradas; pero encontrándola guardada también, y que toda la casa estaba rodeada de soldados, mandó le diese el veneno, que desde mucho antes tenía guardado para un caso necesario. «Libremos, dijo, al pueblo romano de sus largas inquietudes, puesto que no tiene paciencia para esperar la muerte de un anciano. No podrá Flaminio honrarse ni gloriarse por la victoria que consigue de un enemigo vendido y desarmado. Este solo día bastará para demostrar cuánto han cambiado las costumbres romanas. Sus padres, amenazados por Pirro, que tenía las armas en la mano, que se encontraba al frente de un ejército en Italia, le advirtieron que se precaviese contra el veneno; y estos han enviado un varón consular como legado á Prusias, para que asesine traidoramente á su huésped.» Después, habiendo lanzado maldiciones sobre la cabeza y reino de Prusias, invocando la venganza de los dioses por la violación de la hospitalidad, bebió el veneno. Así murió Anníbal.

Polibio y Rutilio dicen que Escipión murió también en este año. No participo de su creencia ni de la de Valerio. En contra de lo que dicen los primeros, veo que

durante la censura de M. Porcio y de L. Valerio, fué nombrado príncipe del Senado el mismo Valerio, dignidad que gozó el Africano durante los tres lustros anteriores; si hubiese vivido, no le habrían designado sucesor, á menos de haberle borrado de la lista de los senadores; ahora bien: ningún historiador habla de tal cosa. La opinión de Valerio Ancias la refuta el mismo título de una arenga que pronunció el Africano contra el tribuno del pueblo M. Nevio. Escribióse el nombre de este Nevio en el libro de los magistrados, como habiendo sido tribuno bajo el consulado de P. Claudio y de L. Porcio; pero no entró en funciones hasta el de Ap. Claudio y de M. Sempronio, el cuatro de los idus de Diciembre, es decir, tres meses antes de los de Marzo, época en que P. Claudio y L. Porcio tomaron posesión del consulado. Así, pues, el Africano vivía aún durante el tribunado de Nevio, y éste pudo demandarle en justicia; pero murió antes de la censura de L. Valerio y de M. Porcio. Sin embargo, la muerte de los tres generales más famosos de aquella época, cada cual en su patria puede relacionarse, no tanto por la coincidencia de los hechos, como porque ninguno de ellos tuvo fin correspondiente al brillo de su vida. En primer lugar murieron y fueron sepultados en tierra extranjera. Annibal y Filopemeno perecieron por el veneno, el primero en el destierro, vendido por su huésped; Filopemeno en el fondo de un calabozo y cargado de cadenas. Escipión no fué condenado ni desterrado; pero fué citado en justicia durante su ausencia, y negándose á comparecer en el día señalado, impúsose voluntario destierro, que debía prolongarse después para sus restos.

Mientras ocurrían estas cosas en el Peloponeso (donde interrumpimos el relato) el regreso de Demetrio y los legados á Macedonia afectó los ánimos de diferente manera. La multitud, que se asustaba ante la idea de

de la próxima guerra con los romanos, recibió muy favorablemente al príncipe, á quien consideraba como autor de la paz, y el deseo general le destinaba el trono después de muerto su padre. «Es más joven que Perseo, decían, pero tenía sobre él la ventaja de nacimiento legítimo; porque la madre de Perseo era una concubina. Perseo, hijo de la prostitución, no tenía semejanza alguna con su padre, mientras que Demetrio era su retrato. Además, los romanos colocarían á Demetrio en el trono paterno, y no tenían hacia Perseo ningún sentimiento benévolo.» Así hablaba la multitud, y Perseo comenzaba á temer que su derecho de primogenitura fuese por sí solo débil título contra todas las otras ventajas que Demetrio tenía sobre él. El mismo Filipo, pensando que no podría disponer de su sucesión, temía igualmente la importancia, demasiado grande ante sus ojos, de su hijo menor. Frecuentemente consideraba con envidia el afecto que los macedonios le mostraban, deseándole que, viviendo él, se formase una corte rival á la suya. Por su parte, el joven había regresado de Roma con alta idea de sí mismo; estaba orgulloso de las consideraciones que le habían dispensado los senadores, concediéndole lo que habían negado á su padre, y aprovechaba á cada momento este favor. Pero si esta circunstancia aumentaba su influencia en el ánimo del pueblo, hizo crecer la envidia de Perseo y hasta de Filipo, sobre todo después de la llegada de los nuevos legados, cuando el rey se vió obligado á evacuar la Tracia, retirar las guarniciones y soportar otras condiciones rigurosas por efecto de las disposiciones de los primeros comisarios ó por las nuevas órdenes del Senado. Encontrábase tanto más irritado, cuanto que Demetrio se mostraba en cierto modo más obsequioso con los legados que con él mismo; pero al mismo tiempo que deploraba su conducta, doliéndose por su hijo, sometíase



estrictamente á las exigencias de los romanos para no proporcionarles pretexto de declararle en el acto la guerra. Deseando hasta alejar toda sospecha acerca de sus proyectos, llevó su ejército al interior de la Tracia, contra los odrisos, los denthelenos y los bessos. Apoderóse de la ciudad de Filipópolis, que los habitantes habían abandonado para refugiarse con sus familias en las montañas inmediatas, y obligó á los bárbaros de la llanura, talando sus campos, á que se sometiesen. Dejando en seguida guarnición en Filipópolis, ocupóse en fundar una ciudad en el Ducropio, comarca de la Peonia, cerca del río Erigón, que nace en Iliria, atraviesa la Peonia y desemboca en el Axio. Construyó la ciudad nueva cerca de la antigua Stobia y la llamó Perseida, en honor de su hijo mayor.

Mientras ocurrían estas cosas en Macedonia, los cónsules partieron para sus provincias. Marcelo envió delante un mensajero para que llevase al pretor L. Porcio orden de hacer marchar sus legiones hacia la nueva ciudad de los galos, que se sometieron á la llegada del cónsul; eran doce mil, y la mayor parte estaban armados con lo que habían arrebatado en los campos. No costó poco trabajo hacerles entregar aquellas armas, así como todos los demás objetos de que se habían apoderado por medio del pillaje ó que habían llevado de su país; y hasta enviaron á Roma una legación para quejarse de aquel despojo. El pretor C. Valerio presentó los galos al Senado, y allí dijeron que el exceso de población en la Galia, la falta de tierras y la escasez les habían obligado á cruzar los Alpes, buscando donde establecerse; que habiendo encontrado un paraje desierto é inculto, se habían fijado en él sin hacer daño á nadie; que hasta habían comenzado la construcción de una ciudad, prueba clara de que no tenían intenciones hos-

tiles ni contra las ciudades, ni contra los campos inmediatos; que recientemente M. Claudio les había intimado la rendición, si querían evitar la guerra y preferían una paz, si no gloriosa, al menos cierta á las inseguras probabilidades de las batallas, y se habían puesto bajo la protección más bien que bajo el poder del pueblo romano; que pocos días después, habiéndoseles mandado abandonar su ciudad y su territorio, habíanse resignado á marchar en silencio buscando otro asilo; pero que entonces les habían arrebatado las armas y todo lo que tenían ó llevaban consigo. Suplicaban, pues, al Senado y al pueblo romano que no tratasen con más rigor que á enemigos á hombres inofensivos y sumisos. El Senado les contestó que habían hecho mal en pasar á Italia y construir una ciudad en terreno ajeno, sin autorización del magistrado romano que mandaba en aquella provincia; pero que no aprobaba el despojo de que se quejaban, y que dispondría marchasen con ellos comisarios, para que invitasen al cónsul á devolverles todo lo que les pertenecía, á condición de que regresarían á su patria, y marcharían inmediatamente á la Galia transalpina para decir á los pueblos de aquella comarca que impidiesen las emigraciones, porque los Alpes se alzaban entre ellos é Italia como barrera casi infranqueable y que les costaría tan caro atravesarlos como les había costado á los primeros que se atrevieron á hacerlo. Fueron comisarios para este objeto L. Furio Purpúreo, Q. Minucio y L. Manlio Acidino. Los galos, después de obtener la restitución de todo lo que legítimamente poseían, salieron de Italia.

Los transalpinos contestaron benévolamente á los legados romanos, llegando los ancianos hasta lamentar la excesiva blandura del pueblo romano contra aquellos que, después de haber abandonado su patria sin autorización, habían usurpado terrenos dependientes del